Lo que nunca te dije, mamá

Edición: Lauri García Dueñas

Diseño e illustración: Karla Aguirre Teceno

Para la reproducción total o parcial de esta publicación se debe incluir los créditos del medio y de las autoras.



Prólogo

Ser madre no es ni lo mejor que me ha pasado en la vida ni lo peor. No deseo que la figura de la madre "luchona" sea trágica e impoluta pero tampoco creo que las madres sean las peores villanas. Las madres siguen siendo mujeres, aunque la cultura se esfuerce por presentárnoslas idílicas o culpables de todo mal.

Las madres siguen participando, padeciendo y gozando de la condición humana. Su complejidad psíquica y física no es menor que la de nadie y la relación con las y los hijos oscila entre la el amor, la sobreprotección, la violencia y la desidia.

Para el psicoanálisis, la relación con la madre es esencial y de ella dependerá gran parte del desarrollo de la subjetividad del sujeto.

Conscientes de los entresijos sinuosos de las relaciones con las madres o abuelas, entre la gratitud, el reproche y la resignificación del vínculo; Alharaca aceptó esta propuesta/ocurrencia que, a mi juicio, intenta cuestionar el estereotipo que, cada mayo, la cultura popular y latinoamericana intenta imponernos. Pero ni virgen, ni puta, reza la consigna.

Las madres no deben poder solas. No son heroínas. No necesitan solo un día al año de apoyo o celebración. Las madres necesitan contención, corresponsabilidad, trabajo digno, prestaciones sociales, licencias de maternidad y lactancia, redes de apoyo familiar y social. La sociedad individualista debería dejar de hacernos creer que las madres pueden solas, que pueden con todo, para que solo el 10 de mayo las "premiemos" con electrodomésticos que subrayan su esclavitud al trabajo no remunerado del hogar. El vínculo con ellas debería repensarse y redecirse desde lo que no se dice o no se dijo.

El vinculo con ellas deberia repensarse y redecirse desde lo que no se dice o no se dijo. El miércoles 29 de abril de 2020, Alharaca le pidió a un grupo de escritoras unirse ad honorem al proyecto "Lo que nunca le dije a mi mamá". Esta fue la provocación:

Escribir una carta a tu madre máximo de una hoja de extensión. Puede ser un párrafo.

- a) Diciéndole algo que jamás te atreviste a decirle, doloroso o alegre.
- b) Reconociendo algo de su ser mujer más que de su ser madre.

Evitando la cursilería, exaltación o edulcoramiento propios de la figura materna y del 10 de mayo.

Puedes firmarla con tu nombre o con un pseudónimo.

Agradecemos la pronta respuesta de estas escritoras que, desde distintas partes del mundo, respondieron a este ejercicio luminoso pero no falto de complejidad. Algunas decidieron colocar un pseudónimo a su carta por decisión propia, ya que es un tema muy personal.

Christy Najarro Guzmán, desde Brasil, agradece a su madre el haberla enseñado a valerse por sí misma.

Claudia Denisse Navas Handal, desde San Salvador, cuestiona la misoginia y las diferencias de clases entre mujeres, pero sin juzgar o culpabilizarlas.

Tania Pleitez Vela, desde España, de manera poética, evoca a una madre fuera de serie que brega contra las habladurías provincianas para poder estudiar a sus 37 años. Elena Salamanca, desde CDMX, muerde con voracidad el vínculo con su abuela. Patricia T. relata lo difícil de parecerse a su madre.

L ahonda en el dolor y el agradecimiento a su linaje.

Esperamos que en este mes de mayo, nuestras lectoras y lectores también se animen a escribir "lo que nunca le dije a mamá" para profundizar en este vínculo que oscila entre la luz y lo ominoso.

Lauri Cristina García Dueñas Escritora

1

"Solas, a medias, porque aun lejos, siempre has estado conmigo."



Para ti mamá:

Hace tanto que no te escribo una carta. Ya te escribí muchas en la adolescencia, por lo general, eran cartas en donde te decía algunas cosas que temía pronunciar, como cuando rompí un vaso que te gustaba o las diversas veces en las que cambié de carrera. En ese entonces, la niña temía la mirada materna, la que pensaba vendría llena de reprobación y, por lo general, esa expectativa se quebraba con un suspiro tuyo y un abrazo, seguido de las palabras de conforto, un "todo está bien", que siempre me hizo sentir que, efectivamente, todo estaría bien.

Hoy, después de mucho tiempo, escribo esta carta, no para decirte alguna decisión, o para contarte que quebré tu vaso favorito, no. Hoy escribo lo que tal vez no te digo cuando estamos al teléfono, cuando intentamos saber cómo nos está yendo en esta pandemia, en este aislamiento. Reímos, son momentos que me alimentan en la distancia. Tú en Santa Tecla yo acá en Río de Janeiro.

Escribo estas palabras mientras observo la foto que me acompaña: una foto en blanco y negro. Estamos de espaldas, observando, desde un mirador, la majestuosidad del volcán de San Salvador y la ciudad a sus faldas. Mi mano izquierda se apoya en tu hombro izquierdo en un abrazo tan delicado. De repente, la tranquilidad que esa foto transmite me invade y creo que, a pesar de las adversidades, "todo estará bien", como cuando me lo decías en mi infancia.

La foto, que compartí en mi cuenta de *Instagram* hace ya un tiempo, me recuerda la firmeza de tus pasos, los que te han guiado hasta ahora y los que me guían en mi caminar por la vida. Nunca me dijiste que no era capaz de hacer lo que quería, aunque siempre me advertiste que debía ser sabia, tener paciencia cuando las cosas no salieran como lo esperado. La firmeza de tu carácter me han enseñado que la vida puede ser dura pero que, cuando tenemos un objetivo, un sueño (porque, vamos, me enseñaste a soñar con los ojos abiertos), debemos seguir adelante, al mismo tiempo en que me enseñaste a detenerme, me has enseñado a ser cautelosa y a reflexionar sobre en qué momento debemos tomarnos una pausa para redireccionar el barco en caso de naufragio.

No puedo dejar de pensar también en la dulzura de tus ojos cuando sonríes. La foto que mal describo, además de paz, me recuerda eso, la dulzura de los momentos pasajeros, los momentos que tal vez son apenas capturables por una fotografía en blanco y negro. Y si siempre has sido firme, tengo que reconocer que también me has mostrado que ante los momentos amargos, la sonrisa, las carcajadas y la dulzura son siempre los mejores remedios.

Es gracioso, fue esa dulzura, esa bondad, la que me mostraste la noche en que subí a la terraza, para contarte que mi novio adolescente me había terminado (hace tanto tiempo ya de eso). Pensé que me dirías "no llores por eso"... No fueron esas tus palabras, apenas te sentaste a mi lado en una banca de madera vieja que estaba ahí, me abrazaste y me dijiste que estaba bien llorar, me consolaste y después me contaste un chiste que ya no recuerdo, pero que me hizo reír.

También has sido dura cuando ha sido necesario, a veces muy dura, pero ha sido también lo duro de escuchar la realidad que me ha enseñado que, si bien podemos soñar, también debemos tener los pies puestos sobre la tierra. De tu dureza recuerdo una llamada que te hice durante los primeros meses en Brasil, allá por 2006, te llamé a tu trabajo, creo que te dije que me sentía triste, sola, que los extrañaba a ti, a papá, a mis hermanos... te quedaste en silencio y después de unos segundos, que me parecieron eternos, me dijiste que "debía resistir", porque irme había sido mi sueño y había luchado por ello; me dijiste también que cuidara el dinero, que llamara menos, pues tenía poco y en ese entonces no había *Whatsapp*. Fue ese día que aprendí que los caminos de la vida pueden ser duros y que el sendero, a veces, nos toca recorrerlo solas. Solas, a medias, porque aún lejos, siempre has estado conmigo, siempre cerca.

Las palabras se me acumulan y quisiera decirte tanto que no cabría en esta carta y, así, voy acercándome al final para apenas decirte que, en la distancia, celebro tu vida y doy gracias por ser el pilar que me sostiene; gracias por enseñarme a caminar, por enseñarme a alzar el vuelo, por enseñarme a contar conmigo misma y a luchar por mis sueños.

Gracias por estar siempre lista con un consejo, con tus cuestionamientos y preocupaciones de madre. Gracias por tus reprimendas... Pero, sobre todo,

gracias por ese abrazo que, aún en la distancia, lo siento tan cerca, ese abrazo que es el refugio al que siempre puedo volver.

Con amor, Christy Najarro Guzmán

Christy Najarro Guzmán. Doctora en Literatura por la Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC) en Brasil. Es, también, graduada en letras portugués-español, por la Universidade Federal do Paraná (UFPR) en Brasil. Sacó su maestría en la misma universidad, en donde desarrolló su tesina sobre la obra de Jacinta Escudos. Actualmente, participa del GT- Clacso llamado "El itsmo centroamericano: repensando los centros" y es parte de RILMAC (Red de Investigación de Literatura – Mujeres América Central). En 2019, publicó su primer cuento titulado "Entre el hielo y la cocina" en la antología Esto no es cuento, bajo el sello de Índole Editores.

2

El cuarto-nido



Hola, mamá. ¿Estás bien? Pregunto, en lo que cabe, a tus ochenta y siete. Sí, mamá, ya sé. Ya casi te vas, mamá. En pos de un andar rápido, con un corazón de ritmo fuerte y uniforme. Por hoy, tus memorias se te escapan, las enmiendas, las inventas. Nos cuentas de las enfermedades a las que sobreviviste de niña, pero no sabes qué cenaste ayer. Viéndote tan frágil, se me hace ilusión la fuerza del cuerpo rollizo y petiso que tenías hace pocos años.

Ahora te falta hasta el coraje que tuviste para sacar a Ana de la casa, la que luego te llevó a juicio por haberla corrido del trabajo con cuatro o cinco meses de embarazo.

A vos, tu filosofía de "pensá mal y acertarás" te llevó a creer que el padre del bebé por nacer fuera papá. Nada que ver. Con mis once años, azorada, contemplaba a Ana recortarse el flequillo, maquillarse con cuido los labios, las mejillas y el contorno de los ojos, ceñirse su falda de lona deshilada, arriba de la media pierna. Y allá iba, feliz para sus clases de sexto grado en la escuela nocturna. Allí conoció al tipo que la embarazó.

Guapo, decía ella, con el cabello hasta los hombros, movido siempre por su andar largo, bamboleante y casi en puntas. La tenía loca su forma de vestir; pantalones acampanados de corduroy, camisa verde de poliéster y zapatillas deportivas. Trabajaba como vendedor de baterías para automóviles.

Ana recibió su dinero en el juicio y vos la paz de no verla más. Y decidiste que tus hijas ya teníamos edad para asumir el lavadero y la cocina, que no había por qué llevar la tentación a la casa.

Nunca supiste que volví a encontrar a Ana camino a mi escuela, que me llevó al cuarto de alquiler que le había puesto el tipo, con una cocineta de mesa y una cama como único mobiliario. El cuarto era parte de una casa que debió ser el casco de una finca, la edificación estaba en medio de una arboleda nutrida y fresca. Era una pequeña selva, un sitio agradable para que el niño naciera allí.

Seguí visitando a Ana cuando el bebé nació, un muchachito con la piel del color del pan tostado, risueño, gorjeante, demasiado grande para la pequeña estatura de su madre. No te conté que un día de la madre, como hoy, robé un par de

sábanas de tu casa, y también cereales, azúcar y algunas pelotas de jabón. Y fui contenta, a llevar todo, para el cuarto-nido.

Pero ese día todo estaba oscuro, el cielo, la habitación, la cara de Ana. El tipo se había ausentado de casa varios días y, con él, la leche del bebé. Su pecho no era suficiente para saciarle el hambre. Tampoco tenía con quién dejar al crío para volver a buscar trabajo. Llevada por la ignorancia y la desesperación le había completado la dieta con la primera leche que encontró a precio bajo, leche de magnesio. Había enterrado al bebé una semana atrás... Me quedé largo rato sentada en la cama junto a Ana, paralizada por aquella forma tan estúpida de morir que parecía un chiste pésimo.

No volví a ver a Ana. Cambió el barrio, cambiamos nosotras. La pequeña selva y la casa del cuarto-nido fueron tumbadas al año siguiente para construir un complejo residencial. Hasta hoy, no sé dónde empezó la calamidad que tumbó también al niño. Vos querías defender tu casa de una de tantas quitamaridos que hay en el mundo. Ana quería saber de amores.

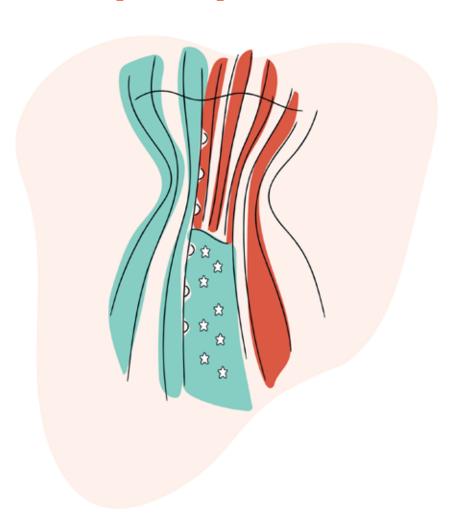
Debo correr a otros quehaceres, mamá. Ya sabes, ahora todo es urgente y de prisa. No hay tiempo para duelos. Te escribiré otro día. Cuidá de vos, por favor. Usá el bastón, no vayás a caerte. Y no te olvidés de tomar tus pastillas para la presión.

Hasta pronto, mamá. Yo te bendigo.

Claudia Denisse Navas Rodríguez. (San Salvador, 1963). Psicóloga, con maestría en Comunicaciones. Desde su experiencia laboral, ha desarrollado ensayos sobre la realidad de vida de comunidades empobrecidas. En su trabajo literario centra sus esfuerzos en el cuento corto y la narrativa de historias familiares. Es miembro del Colectivo Taller Literario Palabra y Obra. Cuenta con publicaciones en la revista Cultura 125, del ministerio de Cultura de El Salvador y las antología El territorio del ciprés (2018), Cuentos del Sábado (2019) y Esto no es cuento (2019).

3

"Usted no cabía en el limitado corsé que le imponían."



Hola, Mamá.

No puedo creer que tenemos 30 años de no vivir en el mismo país. ¿Se acuerda del día que hice mi maleta? Usted me preguntó por qué me llevaba mi pequeña caracola, si en unos años iba a volver. Qué cosa extraña es el tiempo y, si lo pudiera tocar, sería esa caracola.

En estos días, he pensado mucho en sus idas y vueltas, porque usted también ha sido migrante. Nunca se lo he dicho, pero no hay nada más delicioso que escucharla relatar la memoria familiar, como cuando me contó que, a principios de los años cincuenta del siglo pasado, a su papá le dieron trabajo en una compañía naviera de California. Fue así que toda la familia migró y se estableció en una típica casa victoriana de San Francisco, en Park Avenue, donde asustaban y se oía, cada cierto tiempo, una queja de ultratumba.

Usted tenía siete u ocho años cuando llegó a Estados Unidos. Entonces, era un país que ventilaba aires triunfales después de su rol en la Segunda Guerra Mundial; era un país que cimentaba el "sueño americano" y la tiránica idea de los winners y los losers, aspectos que fueron tan bien retratados por Arthur Miller en Muerte de un viajante. En 1963, aún adolescente, usted lloró la muerte de Kennedy y vio los primeros brotes del movimiento de los derechos civiles. También salía a bailar todos los fines de semana, música de Elvis Presley y The Beatles. Aún hoy, a sus 75 años, baila con un ritmo inigualable que ninguna de sus hijas ha heredado.

También me contó que después de terminar la secundaria, mis abuelos la enviaron de vacaciones a San Salvador, a la casa de una tía, porque querían alejarla de un pretendiente con pelo engominado a lo Danny en *Grease*. Mi papá era el vecino de su tía y fue así como se conocieron. Sé que se enamoraron y, durante dos años, usted trabajó muchísimo para poder mantenerse en San Salvador, cerca de ese estudiante de ingeniería que le había pedido que se casaran. ¿Qué significó para usted volver a San Salvador después de vivir en San Francisco? Me imagino que no se reconoció en esa sociedad provinciana —envidiosa, llena de habladurías, encorsetada— que poco a poco empezó a descubrir. Qué difícil vivirlo sin su familia cerca.

Recuerdo que mis hermanxs y yo siempre andábamos con usted, de arriba para abajo, envueltos en una sola risa cómplice. Después de que usted salía de trabajar, íbamos a comprar pan dulce a la tiendita o subíamos a un molino situado en unos arrabales, al final del Paseo Escalón, donde entregábamos un recipiente con granos de maíz y nos lo devolvían lleno de harina aromática para hacer tortillas caseras. Hacíamos las tareas en las mesas de concreto del campus de la UCA mientras usted iba a clases. Solíamos visitar a Violeta Bonilla, antes de que muriera, una pintora muy sabia que nos enseñó a desentrañar amorosamente el presente; y también visitábamos a sus amigas más jóvenes, algunas compañeras de la universidad, varias de ellas mujeres solas, viudas o madres solteras, mujeres con historias familiares brutales, algunas de abuso y violentas, mujeres que luchaban a diario para sacar adelante sus pequeños negocios o sus profesiones, a sus hijos y a ellas mismas. Estas fueron las personas que nos brindaron realidad y humanidad frente a esa otra esfera en la que, por circunstancias sociales, debíamos movernos y, supuestamente, no polemizar demasiado, sobre todo porque comenzaba el murmullo de la preguerra.

Mamá, ¿recuerda el microbús Volkswagen naranja que conducía? Usted solía cantar mientras avanzábamos por los entresijos de aquellas colonias residenciales de mediados de los años setenta: casas grandes al estilo americano, sin muros ni alambres de púas, jardines abiertos. En la orilla de las calles recién pavimentadas, se divisaban tan solo dos o tres restaurantes. Para ver la movida comercial y lúdica o ir a ese famoso cine al aire libre donde nos sentaban en la capota del carro a comer palomitas de maíz mientras veíamos películas como *Bambi y Dumbo*; o para ir al Pops, a la taquería Cancún o al Jardín Infantil, había que bajar hasta al bulevar de Los Héroes. Así que cuando íbamos hasta allí, a mí me gustaba verla cantar mientras conducía: sus ojos se llenaban de una luz cromática.

También me acuerdo que un día nos dijo a mi hermana y a mí: "Les voy a hacer un bikini". Tengo presente aquella tarde: la casa grande, pero con pocos muebles, usted sentada frente a la máquina de coser, concentrada en su trabajo, mientras mi hermana y yo jugábamos en el suelo, muy cerca. Puedo aún escuchar la brisa tropical moviendo las cortinas blancas; puedo aún saborear el verde de los árboles del jardín que se entrometía por las ventanas; puedo aún ver su nuca y su cabello claro. Recuerdo que, de repente, cesó el sonido de la máquina y usted,

orgullosa, nos mostró su obra: eran dos pequeños bikinis amarillos con lunares negros. Mi hermana y yo los usamos durante varias vacaciones hasta que les salieron agujeros.

Pero, Mamá, yo sé que a veces se sentía sola en San Salvador: una persona no solo se nutre de su núcleo familiar, sino también de conversaciones, del afecto y la solidaridad. Luego supe que alguna gente del círculo social que nos rodeaba la juzgó y se burló de usted, de sus formas extravagantes de vestir, bailar o narrar historias. Nunca se tomaron el tiempo de conocerla de verdad y no entendieron su forma de ser: ingeniosa, libre, divertida. No entendieron su curiosidad intelectual cuando entró a estudiar psicología en la UCA e incluso llegaron a difundir el rumor de que buscaba amante: para esas personas de mente estrecha una madre de familia no podía tener otra razón más que esa para ir a la universidad. Usted no cabía en el limitado corsé que le imponían. Me alegra tanto que usted decidió sacudirse las habladurías y la soledad y se volcó a estudiar y superarse. Más adelante, cuando usted y Papá fundaron una empresa, él siempre nos decía que usted era la mejor negociadora.

Después de varias décadas, decepciones y traiciones, finalmente encontró otras mujeres, amigas que sí la entendieron y quisieron, tal y como es. Pero el paso del tiempo también es ingrato: algunas han muerto o están padeciendo enfermedades avanzadas e irreversibles, como el Alzheimer. Pero sepa que nosotrxs, sus hijxs, hasta el día de hoy, la seguimos viendo como aquella joven de nuestra infancia —con treinta y siete años ya tenía cinco hijos, trabajaba y estudiaba—, porque continua, sin darse cuenta, prestándonos sus gafas, esas por las que vemos y burlamos la adversidad.

Pero, Mamá, aunque todavía tiene ese carácter festivo y sus ojos aún tienen un reflejo de esa luz cromática, puedo percibir cierta tristeza en sus gestos. Me parece que hay días en que ni sus lecturas, ni su jardín, ni sus flores, ni sus hierbas aromáticas, son suficientes. Se me ocurre que lleva enterradas en su corazón demasiadas voces amigas que ya se marcharon. Escribo esto mientras pienso en su voz potente, la que dejará enterrada en mi corazón el día que usted ya no esté, cuando ya no pueda escuchar las increíbles historias que usted me cuenta. Sí, lo sé, tenemos pendiente nuestro proyecto, ese que por ahora hemos llamado "Historias que me contó mi madre". Un día me atreveré a contarle lo que me

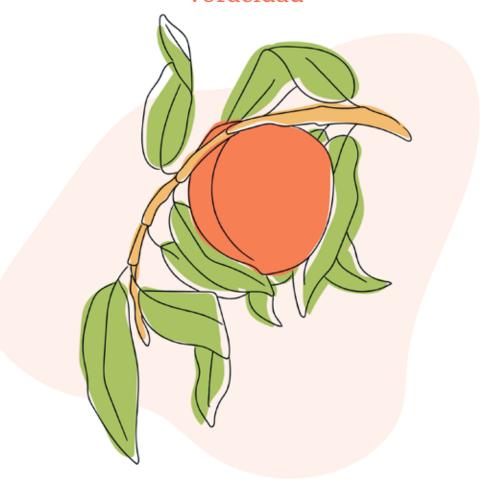
pasó cuando salí de casa, de las circunstancias que me moldearon, cuando dejé de ser caperucita roja porque aprendí a asustar al lobo. Pero para ello, tendré que contarle de otras criaturas que vulneraron mi cuerpo. No sé si será en este lado, quizá será en el otro lado o en otro tiempo. Porque llevo años soñando con una escena en la que usted, mi abuela Sofía y yo estamos juntas en un jardín etéreo, donde reímos y nos contamos todo, sin secretos. Como mi abuela ya no está, supongo que será en ese otro lugar. O quizá, simplemente es que las tres seguimos siendo un nudo afectivo que navega en el fragmento, en lo incompleto, en lo no dicho. Bien pudiera ser...

Tania

Tania Pleitez Vela es escritora, investigadora y profesora de literatura en España. Es autora de la biografía Alfonsina Storni. Mi casa es el mar (Espasa- Calpe, 2003) y del monográfico Literatura. Análisis de situación de la expresión artística en El Salvador (Fundación AccesArte, 2012). Ha editado antologías de literatura salvadoreña y numerosos ensayos. Tiene dos poemarios publicados, Nostalgia del presente (Índole Editores, 2014) y Preguerra (Kalina, 2017). Es directora del colectivo Otro modo de ser. Festival de poetAs..



Muerda con voracidad



Abuelita Rosa Elena:

Nunca he podido escribir cartas. Hago ensayos, artículos, poemas. Esta es una especie de carta para usted y su tía Adriana, para contarles mis fracasos y victorias en el hogar. Para pedirles perdón y para perdonarme.

Ι

Mi Abuelita se quejaba siempre de que yo no sabía hacer nada del hogar:

- El problema de las estudiosas -decía- es que se mueren de hambre.

Y en efecto, Abuelita, morimos de hambre, pero por la flexibilidad del mercado laboral y la brecha salarial entre hombres y mujeres, para empezar.

Cuando partí al doctorado, mi Abuelita me dijo, con tristeza y decepción:

- ¿No te basta tanto conocimiento?

Y rompí a llorar.

No, no me bastaba. Aún no me basta.

Desde niña, almacené conocimiento con gula. Era como los roperos de mi casa: llenos de cosas viejas, inútiles y preciosas. Demasiado antiguas para ser usadas, demasiado preciadas para ser tiradas.

Cada vez que mi Abuela o mi madre abrían su ropero, ocurría el éxtasis. Todo lo que guardaban era nuevo para mí, aunque lo hubiera visto ya tantas veces. No todo podía tocarlo y no todo podía leerlo y por eso lo amaba más. Alguna vez, me dejaron probarme ropa de adulta y las joyas de mi mamá: caminaba por la casa con sus anillos de rubíes, esmeraldas y zafiros y los valoraba de la misma forma que las estampitas de santos que guardaba mi Abuelita desde 1940 y cuyos reversos ella me dejaba leer.

Y así me convertí en adulta y emigré y viví sola en una docena de casas y luego viví en pareja y, de nuevo, sola y siempre que tuve hogar soñé con la cocina. Mis amigas intelectuales o del doctorado me criticaban porque al terminar las clases, corría a mi casa a cocinar, a preparar pasteles y a dejarlos por horas en las ventanas mientras se expandía su olor por el edificio. Yo nunca acepté sus críticas porque solo enfatizaban la división del trabajo que nos ha sometido, como mujeres y que evidenciaba el privilegio de clase: nosotras íbamos a ser doctoras mientras otras mujeres iban a romperse las manos por limpiar nuestra

casa. Y me parecía el argumento de un feminismo frágil como el papel mojado.

Ahora estoy lejos de mi país, de mi casa, de mi familia, de mi gato, de mis libros, ahora, como miles, como millones, de personas, estoy recluida en cuarentena, en una habitación, sola, mientras escribo.

Cada mañana, abro las ventanas y deseo ver el volcán. Y no lo veo. Lo que encuentro son techos rojos infinitos o las ventanas cerradas de los vecinos. El volcán de San Salvador es el paisaje de mi vida: ver mi volcán y temerle y amarle ha sido para mí vivir, porque todo lo bello es terrible como escribió Rilke.

Todos los días llamo a mi familia por Whastapp. Por horas. Cuando nos llamamos, mi madre y mi hermana se sientan en el jardín de mi Abuela, quien murió hace dos años, pero sobreviven las plantas que sembró y florecen con intensa terquedad en estos días de angustia. Verlas por una videollamada es la única forma que tengo de estar en mi hogar. Esa y cocinar. Aunque fracase.

II

Cuando cocino, hago cosas que irritarían a mi Abuelita.

Nunca uso instrumentos para cortar las frutas o los vegetales, las aplasto con las manos, las destripo, las siento, reconozco sus texturas.

Hacerlo me regresa a un ritual primigenio, a una ofrenda por la vida, ya fuera con flores o con corazones aún latiendo.

Es el tiempo de volver a lo prístino.

III

Empecé a cocinar con epazote en México. Antes lo odiaba. Un día, en el supermercado, sentí su olor y recordé a mi Abuelita. Ella dejó de cocinar con epazote porque yo lo odiaba. Hacer que alguien abandone su sazón por amor es demasiado egoísta. Pedí perdón a mi Abuelita y volví a casa con un ramo de epazote.

Cuando era niña, mi Abuelita me explicaba cómo preparar el casamiento: se usaban frijoles rojos cocidos el día anterior, el arroz podía ser sobrante o se preparaba para el plato. El nombre era sencillo, me decía, el frijol es el novio con frac, el arroz es la novia, pura, de blanco. En otros lugares, se llama moros con cristianos, un nombre más colonialista, por decirlo así. Mi Abuelita me explicaba que en su infancia en la casa de su tía Adriana, el casamiento se preparaba en cacerolas de cobre, que debían brillar para demostrar que habían sido bien lava-

das. La tía Adriana era nieta de un presidente de la República y había enseñado a mi Abuelita todas las maneras del hogar, a formar un menaje de casa, a coser, a cocinar...

Yo amaba pasar los días con mi Abuelita, éramos las más felices observando flores y pájaros. Pero mi Abuelita sentía la misión inexorable de prepararme para la vida, de enseñarme a ser señorita y después ser una sabia y poderosa señora de la casa. Y yo no sabía cómo escapar de ese destino. Pero claramente no lo quería.

Yo pensaba que yo era el fracaso de la tía Adriana, que tenía que esconderme debajo de las sábanas que mi Abuelita colgaba al sol y que yo no sabía doblar. Mi Abuelita me enseñó a doblar sábanas, me contó del almidón en las sábanas y los puños y cuellos de las camisas, me enseñó a limpiar frijoles y arroces, espulgarlos de vainas, piedras y gorgojos, esos animalitos que invaden los granos básicos. Pero por alguna razón yo hacía todo mal. Era mi destino. Era muy pequeña para encontrar las esquinas de las enormes sábanas, mis brazos no podían medir las yardas, como era correcto, y los gorgojos me daban miedo y pensaba que podía recibir un castigo divino si los mataba, entonces los dejaba vivir e inundar los frijoles y echarlos a perder y entonces mi Abuelita tenía que tirarlos y qué pecado porque hay tantos niños con hambre en el mundo.

Estoy con mi Abuelita todos los días de mi vida. Ella ya murió, pero está conmigo para siempre en todos los gestos de la vida: mientras fracaso en la cocina, mientras escribo libros, mientras veo por la ventana y los aviones pasan porque México no ha cerrado su aeropuerto. Aún.

Está conmigo como estuvo con ella su tía Adriana, todos los días de su vida, mientras preparaba la comida, mientras olía las hierbas para sazonar, mientras doblaba las sábanas. Está conmigo como han permanecido las mujeres en el tiempo. Siempre en la memoria de otras mujeres. En el silencio de los libros y los documentos, en el gesto de doblar una camisa, de servir una comida, de partir un pan.

Por ellas, en estos días, yo me he sabido perdonar.

IV

Todos los días de mi vida estoy con mi Abuelita en mis fracasos del hogar. Si doblo mal una sábana, la desdoblo y la vuelvo a doblar. Si trapeo mal y rayo el piso, vuelvo a la cubeta y al trapeador y empiezo de nuevo. Todos los días lim-

pio la casa: aspiro, trapeo, desinfecto. Lavo platos interminablemente, escribo y espero el momento de volver a limpiar. Porque si no lo hago yo, nadie más lo hace por mí. Es el tiempo de los cuidados, es el tiempo de lavar a mano y sentir cómo te arde la piel por el detergente y el cloro y pensar cuántas veces no le diste guantes a las mujeres que limpiaron tu casa y lavaron tu ropa por años. Es el tiempo de mirar hacia la división social del trabajo, al trabajo dividido por el género y pensar cuán injustos hemos sido, cuán impunes y cotidianos, es el tiempo de entender la desigualdad y la crueldad, los fracasos...

Mis fracasos del hogar me preocupan porque mi Abuelita siempre tuvo miedo de que yo no pudiera sobrevivir en una vida adulta e independiente. Lo mismo que temía por mí en un matrimonio. Yo no me casé, pero el fracaso del amor ha sido mi entretenimiento desde hace muchos años. Ha superado incluso a mis fracasos en la cocina. Llegar al amor verdadero ha sido para mí lo mismo que llegar al anarquismo, unos 200 años después, pero llegar finalmente.

Antes, estuve horneando pasteles y llorando por las noches, la cara contra las almohadas para que el hombre no me escuchara. Un día, hace varios años, sufrí un accidente brutal, casi muero, estaba "casi degollada", dijeron los médicos. No podía moverme, no podía valerme por mí misma. Una amiga llegaba a casa a ayudar a mi pareja a cuidarme: él me colocaba las vendas y las medicinas y se iba a trabajar, ella lo relevaba y me hacía de comer y lavaba los platos. Un día decidimos, mi amiga y yo, mandar la ropa a la lavandería. Yo abrí el cesto de la ropa sucia de mi novio y saqué sus pantalones, y como siempre retiré la basura de los bolsillos. En uno de ellos, encontré algo, una prueba de que me era infiel. Yo había estado a punto de morir, pocos días atrás. Y empecé a llorar. Mi amiga corrió a la cocina y volvió con durazno en la mano y me lo entregó:

- Mordé, Elena, mordé fuerte.

Yo mordí, con toda mi fuerza, mientras lloraba. El durazno estaba muy maduro y se deshacía entre y mi mano y mi boca. Su jugo me escurría de los labios y yo lloraba tanto que mi cara era un solo líquido: néctar y lágrimas.

Morder el dolor me salvó.

Lo que el viento se llevó era la película favorita de mi Abuelita. No sé cuántas veces la vimos, no sé cuantas veces me senté con ella a admirar los vestidos de Scarlett O'Hara. Mi Abuelita solía peinarme como la heroína, con rizos victorianos como privilegiada blanca del Sur. Lo que recuerdo de esa película sobre todo es el final, me estremecía demasiado, aunque yo, tan niña, no comprendía qué era el

estremecimiento. Scarlett O'Hara había perdido todo. Pero le quedaba la tierra, y en la tierra había nacido un rábano, que arrancaba con las manos. Y mordía:

-God is my witness, I'll never be hungry again.

Así estoy yo en este encierro, Abuelita, mordiendo con voracidad la vida.

Elena Salamanca (San Salvador, 1982). Escritora e historiadora. Ha publicado La familia o el olvido (El Salvador, 2017 y 2018), Peces en la boca (México, 2013 y El Salvador, 2011), Landsmoder (El Salvador, 2012) y Último viernes (El Salvador, 2008 y Suecia, 2010).

Su obra ha sido traducida al inglés, francés, alemán y sueco y ha publicada en antologías en Hispanoamérica, las más recientes: Todo lo que nos queda es (el) ahora. Textos con corazón y dignidad sobre la pandemia de nuestro tiempo (La Reci, México, 2020); 4M3R1C4 2.0. Novísima poesía latinoamericana 1980-1990 (Ediciones Liliputienses, España, 2017) y Transfronterizas. 38 poetas latinoamericanas (UNAM, México, 2016).

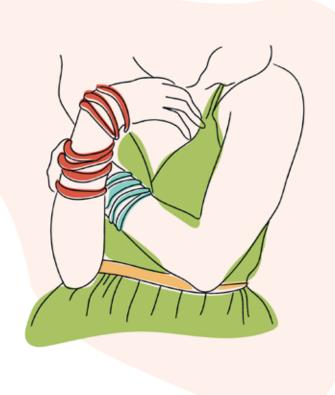
Es candidata al Doctorado en Historia en el Colegio de México y en sus tesis investiga las relaciones entre unionismo centroamericano, ciudadanía y exilio en México en las décadas de 1930 y 1940. Es Maestra en Historia por El Colegio de México (2016) y Máster en Historia Iberoamericana Comparada por la Universidad de Huelva, España (2013).

Su obra vincula literatura, performance, memoria y política en el espacio público. Entre sus obras están Solo los que olvidan tienen recuerdos (México 2009; El Salvador 2012 y 2018); Landsmoder (2011); El descanso del guerrero. Un duelo amoroso para Roque Dalton (2017); Hiato (2017) y Letanías para Mélida Anaya Montes (2018).

^{*}La versión original de este texto fue publicado en #14días14artistas, una campaña de la red de Centros Culturales de España de la AECID. https://issuu.com/ccespanasv/docs/salamanca elena recetario diario final

5

"Lo más difícil ha sido parecerme tanto a usted."



Mami:

Lo más difícil ha sido parecerme tanto a usted.

"A quien te parecés, ¿a tu mamá o tu papá?"

"¡Sos la fotocopia de tu mamá!".

Parecerme a vos significó que no había espacio para ser *alguien más*, hasta que lo resignifiqué —cuando me cansé de creer que yo no cabía en mi casa ni en ningún lado, no con mis gustos ni mis colores. Algo en mí está mal, creí desde pequeña. Tuve que desaprender a quedarme callada y a dividirme en dos o en tres, y dejar de ser una persona por un lado y Paty por otra. No sé, pero qué difícil es aprender a aceptarse a sí misma y a reconocer las heridas. Qué duro cuando las heridas no solo son tuyas, pero no tenés la capacidad de ver las de tu mamá tampoco.

Má, lo siento mucho si te juzgué por ignorar las manualidades que yo te hacía o las cartas de Hallmark en las que mis hermanos y yo te escribimos que "Aunque no parezca, Mami la queremos mucho." No atendías mis búsquedas de abrazos, pero velaste por enseñarme en qué creías y buscaste maneras de darnos otro tipo de seguridad: clases, estudios, comida, y más clases. Creo que tus búsquedas y necesidad de espacio eran igual de válidas que las mías y que tenías que cuidarte para poder cuidarnos. Esas partes tuyas se impregnaron en los retratos en los que no se distingue si soy tu hija o si es una foto tuya de chiquita.

"No todas las madres son buenas", decía yo a los 19-20, convencida de que mi yo no quería tener hijos y que le haría más bien que daño al mundo al privarme de la maternidad. Perdóname por mis cercos: le temo a este nivel de complicidad, que viene con el nivel vulnerabilidad a la que vos y yo enfrentamos en nuestra relación, en la que siempre se aplaudió la independencia y la distancia.

Tuve que desaprender a dar abrazos-patadas, como para defenderme de a quienes quiero tener cerca. La intimidad y la confianza, una amenaza. Me cuesta aún aflojar este nudo en el pecho, pero lo entiendo: no se va a aflojar si no empiezo a soltar. Y cuando me empiezo a abrir, para no acusarte de que no te importa

algo que nunca te he dicho, me escuchás. Gracias por enseñarme que solo van a participar en mi vida quienes yo deje entrar y que cosecho lo que siembro. Ahora encontré unos collares vintage que siempre te he robado. Uno azul y uno rojo. Me dan varias vueltas en la muñeca. Son mis pulseras. "El rojo es protección," me dijeron hace poco. El azul, paz y tranquilidad. Me las dejé puestas porque en esta distancia marcada por las cosas que nos separan, te quiero y nos reconocemos, como iguales con recorridos distintos y con ese amor azul y rojo que nos calma y nos protege.

Nos vemos,

Paty T.

Patricia Trigueros (Tegucigalpa, 1987). Escritora freelance y editora de Papalota Negra. Creció en road trips por Honduras, Costa Rica, Guatemala, El Salvador, en conversaciones constantes con fronteras, puentes y colonias que se sentían ajenas. Como estudiante Lettres Modernes en la Universidad de Bordeaux, fundó la revista literaria La V Magazine sobre intercambios culturales y trabajó en Éditions Plon. Volvió a San Salvador y estudió Comunicaciones Integradas de Marketing, intersada en aplicar herramientas de comunicación a proyectos culturales. Trabaja como consultora, buscando espacios de intersección entre literatura, arte y comunicación; y proyectos colaborativos como Alharaca.

6

"Qué bueno que no te quedaste en la casa."



Buenas noches, madre. Últimamente he soñado con vos. Te vi en tus pijamas aguaditas colgando ropa en el garage. Te veo acostada de lado, dormida, en tu cama. Leyendo el periódico. Viendo la tele. La última vez que te vi en mis sueños estabas cerca de las ventanas de la sala. Cerca de las veraneras. Había sol. Quizás te he pensado mucho porque en dos meses voy a parir. Así me pasó la primera vez que quedé embarazada. Tenía una gran necesidad de estar en paz con tu persona pero no sé si lo he logrado. Espero que sí. Ahora te siento más cerca de mí que cuando era adolescente.

Hay muchas cosas que no te he dicho pero al pensar que iba a decírtelas en esta carta, me ha entrado miedo. Porque muchas cosas de las que no te he dicho pueden dañarte y yo no quiero dañarte. Así que quizás no te voy a decir todo lo que no te he dicho, porque no tenés por qué cargar con todo eso. Las madres no tenemos por qué cargar con toda la basura emocional de los hijos.

Así que te voy a decir lo más importante. Pero no quiero que sean solo reclamos. A ver cómo me sale. Lo primero que voy a decirte es que todavía me cuesta sobreponerme a las golpizas e insultos que durante mi infancia me propinó mi hermana mayor. Tengo 40 años y seis en terapia. Siento que ya casi lo supero. Un día. He dejado de pensar que vos tuviste la culpa por dejarme con ella. Pero tenías que trabajar y estabas organizada. No podías estar las 24 horas conmigo. Cuando yo era niña y regresabas a la casa después del trabajo y oía tus tacones, me ponía muy contenta. Habías regresado. Yo quería decirte lo que me hacía mi hermana, quería explicarte cómo me sentía y pedirte ayuda, pero no podía, pude hacerlo hasta muchos años después y ya era un poco tarde. Yo quería decirte que te necesitaba. Todavía te necesito. Pero ya pasó, mamá. Ya voy de salida de ese infierno psíquico.

Lo segundo que quiero decirte es que tengo el fantasma de que querés más a mi hermano menor que a mí. Quizás porque sigue viviendo en tu casa a los 37 años. Y porque con él sos bien diferente que con tus otros hijos. Además, soy feminista y sospecho completamente de los privilegios que le has otorgado. Pero me alegra que me escribás de tu puño y letra o me digás en voz alta que no es cierto. Que nos querés igual a tus cinco hijos. Yo hago que te creo. Pero no te creo. Además, cuando te reclamo, me decís que, si así fuera, qué. Y pues sí, vos sos libre de querer a quien vos querrás.

El tercer reproche sería que nunca le hablaste mal a mi padre como me hablaste a mí. Nunca fuiste tan exigente o hiriente con él como conmigo. Pero eso sería demasiada especulación. Y es algo que como feminista no comparto pero puedo

entender. Mi padre es tu debilidad y el catolicismo, la cultura patriarcal y el amor romántico así te lo inculcaron. No soy nadie para juzgarte.

Te admiro. Y soy bastante como vos. No me gusta tanto estar en la casa. Me encanta trabajar. Quiero ser una mujer importante como vos lo fuiste. Trabajaste en organismos internacionales, en la universidad, fuiste premiada porque sos una gran economista y criaste a cinco hijos. Si alguna vez te reproché que no estuvieras conmigo, me retracto. Qué bueno que no te quedaste en la casa. Te hubieras vuelto loca. Una se vuelve loca si pasa demasiado tiempo en la casa. Qué bueno que viajaste mucho. Qué bueno que tenías ropa hermosa, elegante y multicolor y te pintabas los labios de rojo.

Algunos de los recuerdos más chivos que tengo con vos es cuando íbamos a Kismet o a Metrocentro, a vitrinear o a comprarnos algunas cosas, y nos invitabas a comer y al Pop's. Cuando te acompañaba al salón de belleza, a que te hicieras los pies, las manos, el pelo. Sos hermosa, siempre lo fuiste. O cuando los sábados, después de que salías de la universidad, nos llevabas donas de todos los sabores. Ir a la universidad con vos era un placer y un orgullo y así podía estar cerca, aunque estuvieras trabajando. Me gustaba que la gente te admiraba y te respetaba. Ya eras decana de la facultad de Economía en 1986. Fuiste vicerrectora. Gerente. Catedrática. Sos presidenta de una fundación. Mucha gente te quiere y te admira. Entre ellas, yo.

Me acuerdo de una vez que me compraste una falda short morada con una camisa de uvas o aquel vestido precioso, corto de flores, con el que fui a una fiesta de 15 años y vi al bicho que me gustaba.

También pasamos malísimos momentos, llegamos a comer tres de tus hijos de un solo huevo, o no tenías para pagar el colegio y no nos entregaban las calificaciones, pero vos y mi padre iban resolviendo, haciendo malabares. Y aún en los peores momentos, te acordás, cuando comprabas la despensa con vales, nos regalabas un jugo miniatura de manzana, pera o melocotón cada quince días. Era un lujo. Hasta guardábamos los botes como juguetes.

Si vos no fueras tan inteligente y trabajadora, yo no hubiera estudiado en uno de los mejores colegios y una de las mejores universidades del país. Siempre me acuerdo que me repetías que no me dejarías herencia porque mi herencia es mi educación. Y así lo siento. También me heredaste tu inteligencia. Puedo ser muchas cosas, pero tonta no soy.

Tuviste un montón de errores conmigo, pero también un montón de aciertos. Me regañabas bien feo, te desesperaba. A veces, pensaba que vos y mi papá no me

querían, porque siempre me dieron permiso de todo desde los 13 años. Esa fue mi gran responsabilidad. No perderme entre tanta libertad. Pero aprendí. Creo. También quería agradecerte porque te metiste conmigo al hoyo de mi depresión cuando cumplí 19 años. Nunca pude explicarte por qué estaba deprimida. Aún ahora no lo tengo muy claro. Pero estoy segura de que, si vos no hubieras estado a mi lado, tal vez estuviera ya en el otro mundo. Gracias por todas las veces que me has salvado el pellejo. Son muchas.

Si yo no los tuviera a ustedes como padres, como retaguardia material, intelectual y ética, no pudiera ser escritora. Me han apoyado de todas las formas que unos padres pueden apoyar a una hija. Sé que no estoy sola, que ustedes son mi estirpe, mi andamio. Nadie puede lastimarme, porque los tengo a ustedes. Su amor es mi protección. Gracias por todo, mamá, espero abrazarte pronto. Espero que te pongás la pijama que te regalé.

Feliz día.

Te ama mucho, tu hija.

L.

Lo que nunca te dije, mamá